

“es la lectura la que te deja el HAMBRE DE NOMBRAR”

La autora de libros como *El señor Medina*, *Aire de familia*, *Los viejitos de la casa*, *Haiku*, nos cuenta en una charla por mail que para ella la lectura y la escritura: **“Son lugares y tiempos donde nada se repite y todo se vuelve sentir, crecer, crear”**.

Foto: Gentileza de la escritora



¿Cómo empezaste a escribir?

De nena, nomás. Me veo en cama con anginas, sentada y con un cuaderno donde escribo a renglones cortos sobre la bronca de estar en cama con anginas.

¿Cuándo descubriste que querías ser escritora de literatura infantil y juvenil?

Cuando me di cuenta de que, las dos ocupaciones que me apasionan (tratar con personas que crecen rápido y escribir palabra tras palabra) podían llegar a ser la misma cosa.

¿Qué temas te preocupan y/o motivan para escribir?

No me llevo bien con los temas. Es más, estoy segura que encontrar temas en una escritura literaria es solo una de las tantas maneras de leer... y no me parece la mejor. Lo que me lleva a escribir no es un tema, sino cuestiones que me dan miedo o me alegran o me ponen triste o me dan bronca o me da risa. Cuestiones, no temas.

Un tema es, para mí, algo que puedo investigar y saber con alguna certeza. Una cuestión, en cambio, es una pregunta, algo que te inquieta y sobre lo que se andás al tanteo.

Es el terreno de la incertidumbre. Me vienen unos versos de la maestra Laura Devetach:

*Prefiero las penumbras ciertas
a las luces que se encienden
para decir que hay luz.*

Ejerciste la docencia muchos años ¿Cómo fue la experiencia docente y su vínculo con la literatura? ¿recordás alguna escena de lectura que te haya conmovido especialmente?

Una vez, siendo maestra de 4º grado, desparramé sobre el escritorio todos los libros de la colección Pajarito Remendado que dirigían Laura Devetach y Gustavo Roldán. Me los había traído nuestro librero Don José, un personaje que solo vendía los libros que le gustaban a él. Yo había leído la mayoría de esos Pajaritos, pero no todos. Sin embargo, le tenía tanta confianza a la colección, que la puse completa sobre la mesa para que los niños y niñas eligieran. Así lo hicieron y cada cual se llevó el suyo a su casa.

Al día siguiente, uno de esos nenes, se acercó a decirme “Señorita: mi libro dice puta y reputa”. Incredula, tomé el libro y lo comprobé. Maestra del siglo y milenio pasado como era entonces, le pedí al nene que cambiara ese libro y lo puse a resguardo en mi bolso.

Era “La canción de las pulgas” de Gustavo Roldán. Yo no conocía ese cuento y, cuando llegué a casa, lo saqué del bolso con preocupación. Y resultó que me hizo tanta gracia, me dijo tanto esa historia, que llamé en seguida a mi hijo que también estaba en 4º grado y se lo di a leer. Lo

disfrutamos juntos. Fue entonces cuando entré en conflicto: ¿qué me pasa para que, cuando tengo el guardapolvo puesto, escondo el libro a un lector de 9 años y, cuando me saco el guardapolvo, se lo doy a otro niño de la misma edad?

Esta experiencia trazó una línea divisoria. Hubo un antes y un después en mi vida de maestra, de lectora y de autora.

¿Cuál creés que es el principal desafío de la escuela hoy en día en relación a la formación de lectores y el papel de la literatura?

Es un desafío ancho en el espacio y largo en el tiempo: que la totalidad de los y las docentes se vuelvan lectores de literatura. Es la única manera de que se dejen de usar los cuentos, las novelas y los poemas para evaluar lo que los libros de texto llaman “comprensión lectora” y que se reduce a comprobar “qué entendieron”. Pero entender es bien diferente de comprender. Entender tiene que ver con pensar, deducir, razonar mientras que comprender tiene que ver con sentir. Un texto literario nos hace sentir, y el sentir viene antes que el entender. Pero resulta que la preocupación por entender se lleva por delante lo que sentimos al leer literatura. El entender atropella al sentir, lo ignora, lo aplasta, se losaca de encima.

Has recorrido escuelas y te has encontrado con muchos/as lectores/as pequeños y jóvenes ¿qué pasa en esos encuentros? ¿recordás algún momento o situación especial?

Lo primero que diría es que no existen los lectores pequeños. No me llevo bien con el argumento de la pequeñez. Alguien que al nacer solo podía estar acostado o aupa y que al año camina, investiga, hace y deshace, comprende, entiende palabras, las pronuncia y sigue creciendo, esa persona no es pequeña: está siendo cada vez más grande.

Lo que me gusta de los encuentros con esa gente en crecimiento es la conversación espontánea, no preparada, la chispa de la curiosidad auténtica, el ida y vuelta del diálogo cuando es de verdad. Entre tantas anécdotas, recuerdo el día en que un niño me preguntó qué era el éxito para mí. Cuando devolví la pregunta al grupo, una niña dijo que, para ella, *éxito es hacer lo que te gusta, que te dé trabajo y que al final te salga bien*.

¿Qué responderías a la tan famosa y superficial frase: "ahora los chicos no leen"?

Si me atreviera a ser mala, diría: y por casa ¿cómo andamos? No es verdad que no leen y tampoco es verdad que sean chicos.

¿Cómo fue tu experiencia escolar? ¿Tenés algún recuerdo especial vinculado a la lectura y/o escritura en la escuela?

Era lo que, en aquellos tiempos se entendía por *buena alumna*. Me gustaba la escuela.

Por algún motivo me quedó grabada una frase que solían escribir en mi boletín: "Continúa así para alegría de tus padres y maestros". Llevar esa frase a casa me ponía contenta hasta que, con esto que digo de seguir creciendo, un buen día me di cuenta de que a la frasecita aquella no le importaba en lo más mínimo mi alegría. Cuando me tocó ser maestra, jamás escribí nada semejante en el boletín de las personas niñas, como las llama David Wapner, que crecían junto conmigo.

¿Nos contás un poquito sobre tus días? ¿Dónde vivís y cómo es tu rutina de lectura y escritura?

Vivo con mi marido Jorge y mi mamá que este año cumple 92. Vivimos en Longchamps, zona sur del Conurbano Bonaerense. Si tengo que hablar de rutinas, diría que las dejo para lo que no me gusta, eso que se hace de manera más o menos automática, por pura práctica. En cambio, la lectura y la escritura no son rutinas para mí. Son intereses, momentos de concentración y aprendizaje continuo, lugares y tiempos donde nada se repite y todo se vuelve sentir, crecer, crear.

El lugar donde vivís ¿es importante en tu escritura? ¿influye o influyó?

Sí, claro que sí. Nací y vivo en un barrio y eso se nota, supongo, en cómo soy, cómo no soy, lo que digo, lo que no digo, lo que hago, lo que dejo de hacer...

¿Cuáles han sido tus referentes en el mundo de la lectura y la escritura, qué te han marcado caminos a seguir?

Es difícil nombrar pocos. Digo los primeros que se presentan: los cuentos populares, Julio Cortázar, esas canciones que me encantan, Javier Villafañe, Graciela Montes, Ema Wolf, Laura Devetach, mi maestra de taller durante los diez años en que entré en el mundo de la Literatura Infantil con mayúsculas. También las y los poetas que me ponen los ojos redondos como Wislawa Szymborska, María Elena Walsh, Oliverio Girondo, Mary Oliver, Juan Gelman, Carlos Skliar. Y paro porque la lista siempre está abierta, siempre hay lugar para más.

¿Qué le dirías a alguien que piensa en escribir? ¿por dónde empezar?

Por leer, claro, aunque es casi seguro que, si alguien quiere escribir, será porque antes ha tenido y tiene tratos con la lectura. Es la lectura la que te deja el hambre de nombrar que tenemos los que, además de soltar palabras al aire, queremos verlas dibujarse en una página.

¿Cuáles son tus libros imprescindibles, aquellos que no pueden faltar en tu biblioteca, a los que volvés seguido?

Tengo un estante especial para los libros a los que vuelvo. No es demasiado grande ese estante, pero son los que querría salvar de un incendio, de un terremoto, de un naufragio. Ahí están los autores y autoras que nombré antes y tantos que no nombré, pero siempre los bajo del estante. Son mis maestros y maestras, gente que nunca termina de decir lo que tenían para decir. Es por eso que vuelvo.

¿Cómo estás viviendo este tiempo de pandemia? ¿Qué libros has leído en este tiempo? ¿Estás escribiendo?

Este tiempo no es grato para nadie y para mí, tampoco. Lo vivo con preocupación y ocupación. Leo varios libros a la vez, una manera de organizar reuniones de esas que están prohibidas por ahora. Las palabras no contagian, así que leo sin barbijo y sin distancia social. Acá a mi lado, tengo *Prosas* reunidas de Wislawa Szymborska, *Cometierra* de Dolores Reyes, *Zumbido* de Emily Dickinson, *Nadar de noche* de Juan Forn, *Cuentos completos* de Mario Levrero y *La orfebrería del silencio* de Cecilia Bajour. Gente que ni está enterada de que conversan entre sí en mi mesa.

Para despuntar la escritura, estoy armando un libro de cosas a renglones cortos que algunos llaman poemas. Me está acompañando en esto la poeta maestra Laura Forchetti. Es la primera vez que hago una cosa así.

“ Un desafío ancho en el espacio y largo en el tiempo: que la totalidad de los y las docentes se vuelvan lectores de literatura ”